

Hipotermia

Me posicioné frente al pedestal que había en el centro de la sala, de cara a mi pequeño séquito, y esperé a que los visitantes guardasen silencio. Casi podía hacer números con su nivel de expectación, a juzgar por la rapidez con la que captaron la indirecta.

—Y por fin hemos llegado a una de las piezas más importantes y bellas de nuestra colección. *La Barcelona de noche*, por Martí Cuixart Pérez, es tal vez una de las obras más ricas en matices, cargada de simbolismo y significado, que el autor creó en su lamentablemente corta carrera. Finalizada tan sólo dos semanas antes de su misteriosa desaparición, y después de un largo y arduo proceso de prueba y error...

Veinticuatro ojos seguían atónitos los gráciles movimientos de mi mano derecha, que señalaba con delicadeza —y con una distancia de seguridad prudencial— algunas de las esquirlas ambarinas esparcidas a lo largo de una tablilla de contrachapado blanco, apoyada en lo alto de la peana. Prácticamente habían detenido por completo sus movimientos sacádicos para poder concentrar su mirada únicamente en la punta de mi dedo índice, como si de un puntero láser se tratase, y pude comprobar, tras unos cuantos movimientos arbitrarios más, que probablemente estuviesen inspeccionando mis immaculadas uñas lacadas de color rojo, más que la dirección en la que apuntaban.

—... fue inspirado y alentado por su insomnio a plasmar lo que él sentía que es el verdadero significado de la vida bajo la luz de la Luna. Así pues, a través del desarrollo de una nueva técnica vanguardista, que desafió el hegemónico procedimiento de trencadís utilizado hasta la fecha en el resto del mundo, técnica que más tarde bautizaría como *smashing*, logró transfigurar el significado del significante...

Se podía oler la euforia en el ambiente. El ansia por agenciarse una pieza de historia como ésta para su colección privada había estimulado las glándulas salivales de casi todos los entusiastas del arte allí presentes. Casi todos, menos un hombre alto y trajeado que acababa de incorporarse sigilosamente al grupo. Se limitó a mirarme con aires de autosuficiencia y una marcada sonrisa socarrona en sus labios.

—... y así, a través de uno de los rituales en su singular procedimiento artístico, el cual aptamente denominaba «asesinato de la concepción», proyectó los contenidos de su mente sobre la botella de Moritz mediante un furioso, pero sumamente calculado golpe cerca del cuello de la misma, para luego posicionar con cautela cuatro colillas de tabaco, posicionadas de tal manera que describen un perfecto cuatro. Este número es un número que no está elegido al azar, pues según desprendemos de su autobiografía, en la tienda de nuestra galería presente, el cuatro representa la fuerte represión sexual del autor causada por...

Y ahí es cuando desconecté el cerebro.

Me dirigí a la «oficina» de la galería –en realidad, cuatro paredes con un escritorio y dos sillas mal puestos–, donde solía dejar mis pertenencias mientras disfrutaba de doce horas engatusando a unos cuantos incautos. Tenía planeado salir del local cuanto antes, tan pronto como pudiese posar mis zarpas sobre mi bolsa, pero el destino tenía otros planes.

–Taiga, la Siberiana, la vendedora de humo –me recibió de espaldas el mismo hombre trajeado de antes, ahora posado en una de las sillas de aquel cuchitril inmundo, con los pies en alto sobre la mesa.

–Que te den, Carlos.

–Vamos, sabes que te lo digo con cariño –replicó, con ciertos matices de juguetonería. A pesar de mi tono severo, sabía que en realidad no lo decía del todo en serio–. No, de verdad, ¿cómo se te ocurrió lo de los cigarrillos? Tiene más esfuerzo detrás que todo el resto de la obra.

–Me resultaba jocoso pensar en que alguien pagaría por llevarse mis babas a casa, supongo. Al final, ¿quién se ha llevado la desgracia del borracho ese?

Arrastré la bolsa al lado de la silla que seguía libre –la más alejada de la puerta, lo que estoy convencida que fue completamente intencional por parte de Carlos, sólo para tocar las narices–, y me senté en ella. Después de valorar el orden de las operaciones, decidí quitarme los zapatos de tacón antes de sacar las bailarinas del saco. Odiaba llevar tacones, pero había comprobado que podía hipnotizar mejor a los clientes si no tenía que levantar el cuello para mirarlos directamente a los ojos.

–¿Sabes aquel hombre rechoncho de cara abultada, embutido a presión en un traje horrendo de Jacques Martinet? Pues ese.

–Sí, no me sorprende. Tenía pinta de que le quemaba el dinero en la cartera.

–Hablando del alcohólico. ¿Sabes que he oído en el Sindicato que lo tienen ahí, escondido en un casoplón en Malta? Produciendo «obras inéditas recientemente descubiertas» como churros.

–Podría ser mentira y me lo creería igual –respondí mientras terminaba de sacar la bufanda de la bolsa de deporte–. Oye, voy a ir tirando, que mañana vuelvo a tener turno de doce horas y estoy reventada.

–No, si eso mismo te iba a decir yo –dijo Carlos mientras se incorporaba–, que mañana tienes turno de doce horas y el menda no.

–Serás hijo de puta...

–Es broooma, es broma –dijo con el mismo tono que uno le dedica a un animal salvaje para tratar de posponer lo inevitable–. No hace falta que me saques las garras. Mira, tengo el coche aparcado aquí al lado. ¿Quieres que te acerque?

–Ya, acercarme. ¿No será que quieres acompañarme para intentar meterte en mis pantalones?

–No, no, no... bueno, puede.

Carlos llevaba metido en el mundillo del «arte» más tiempo que yo, por lo que no era de extrañar que tuviese un Mercedes como el que tenía. Sedán negro, que combinaba a la perfección con el traje uniforme de la galería; dos puertas, que enviaban un claro mensaje a todo el mundo de que ese coche era en exclusiva para su disfrute; clase E, que no daba lugar a dudas a la asunción de que el hombre que lo conducía nadaba en

la abundancia. Lo que trataba de disimular con toda esta ostentación era la realidad de su diminuto piso a las afueras de la ciudad. Por mi parte, decidí gastarme los cuartos en un piso un tanto más decente en el Passeig de la Vall d'Hebron, meses antes de que el ayuntamiento comisionase una redecoración completa de la fachada a manos del prestigioso pintor William Schnitz, lo cual probablemente haya revalorado la vivienda por al menos el doble de lo que me costó. Las maravillas de la información privilegiada.

El cansancio hizo que el viaje se me hiciese más largo de lo que en realidad era. Con la mejilla apoyada en la fría luna de la puerta derecha del coche de Carlos, observé con los ojos entrecerrados cuánto había cambiado Barcelona desde el inicio de la era de la fiebre por el arte moderno. Mirases donde mirases, y aún alejados del centro de la ciudad, podías ver edificios decorados con manchas de vivos colores, crudas estatuas de grotescas formas asentadas en cada esquina, y otra parafernalia post-kitsch, bastante duras a la vista de cualquier persona que no intentase aparentar ser un erudito de las leyes de la estética.

A mi izquierda, apenas salir del Carrer de l'Escultor, donde teníamos asentada la galería, había una –valga la redundancia– escultura de Amadeus Custo, titulada *La sociedad*. Se trataba de una silla de metal oxidada a la que le faltaban tres patas, y su única pierna balanceaba sobre un descomunal pegote de yeso blanco que la mantenía pegada en su sitio. Al parecer, el yeso no era apto para exteriores, a pesar de lo que afirmó el autor durante su venta al ayuntamiento, y comenzó a agrietarse a las pocas semanas de plantarla en la calle. Por nuestra parte, nos hicimos pasar por restauradores de arte con unos papeles falsos que conseguimos en el Sindicato, y nos ofrecimos a arreglarla por un buen pellizco. Nos limitamos a bañar en silicona las grietas –y el resto del montículo en general, tampoco escatimamos en materiales, ni nos molestamos mucho en pulir el refinado procedimiento de verter el cubo por encima–. Ahora tiene un pegote gelatinoso aún más grande para aguantar la pata, pero nadie parece haberse percatado de ello. La broma de la silla le salió al ayuntamiento la irrisoria suma de cincuenta mil cuatrocientos euros, o sesenta y dos mil cien euros si contamos la inevitable restauración.

Y como esa historia, en el corto trayecto desde el trabajo a mi casa, había muchas. Como la fachada diseñada por Hikari Murakami, cuya realización requirió del hábil criterio de unos paletas subcontratados montados en una plataforma elevadora para lanzar cubos de pintura de color azul contra la instalación, y cuyo coste ascendió a ciento cuarenta y dos mil setecientos ochenta millones. O como las pinturas de Adolfo Quintana sobre el yeso de la antigua centralita de Telefónica, que consistían en distintos y peculiares ojos de largas pestañas y variados colores, mirando hacia ninguna dirección en particular, y cuya comisión le costó al ayuntamiento la friolera de trescientos veintidós mil ciento cuarenta euros. O cómo no, los surtidores de gasolina del área de servicio de Horta, decorados por Mireia del Pilar Plana, que en un alarde de su dominio del impresionismo abstracto, estampó botes de pintura de distintos colores contra la chapa del depósito, por el asequible precio de setenta y cinco mil novecientos euros. Y cómo olvidarnos del grotesco crimen contra el buen gusto que realizó el diseñador Uriel Broes con la fachada del hospital de la Vall d'Hebron, cuya fiesta de globos oculares de distintos tamaños, que cubría la fachada de todos los edificios del

hospital por completo, se le había facturado directamente a la Generalitat por valor de tres millones cuatrocientos treinta y tres mil ochocientos euros.

Para cuando salí de mi trance, inducido por una mezcla de sueño y psicodelia fabricada por gente que probablemente no hubiese probado un alucinógeno en su vida, ya estábamos aparcando delante del portal de mi edificio. Era un bloque de pisos que ya empezaba a mostrar sus años, por su ligeramente recargada –o al menos, para los estándares actuales–, pero igualmente acogedora arquitectura. A pesar de eso, el diseño de la fachada ayudaba a elevar la presencia del inmueble al nivel de sus más vanguardistas vecinos, así que en términos de valor monetario, que al fin y al cabo era lo que importaba, no tenía nada que envidiarles.

Perdí mi mirada en el muro que encaraba el porche de la vivienda. Una reliquia de tiempos pasados, hoy convertida en monumento, presentaba, con la gracia callejera de una pared de hormigón, una composición en forma de mural que yuxtaponía distintas pinturas, realizadas por varios artistas en diferentes momentos de la historia, cuyo campo semántico parecía estar vinculado por el único sema compartido de ser cuadros que le gustaban a la gente que decidió exponerlos allí.

Escuché el inconfundible sonido repiqueteante de la palanca del freno de estacionamiento al elevarse, seguida de una ligera sacudida causada la inercia que aún conservaba el vehículo antes de ser forzado a parar en seco. Preferí ahorrarme los comentarios sarcásticos sobre su técnica para más tarde.

–Vale, pues ya hemos llegado.

No respondí. Podía sentir los ojos Carlos clavarse en mi nuca, con una sed rápidamente acrecentante de respuesta, pero me daba igual. En su lugar, me limité a levantar la mirada para contemplar la riqueza artística de la finca en la que pasaba mis cortas noches. El frontispicio del bloque estaba decorado con los exclusivos diseños del famosísimo William Schnitz, cuya devoción por la transgresión y la originalidad, le habían llevado a idear un pintoresco estampado, exclusivo para este edificio, compuesto de distintas placas de PVC en forma de rectángulos redondeados de varios colores y tamaños, que sostenían, a distancias variables de entre un palmo y un dedo, diferentes calcomanías de ojos de colores.

–¿Quieres subir a tomar un café? –pregunté al hombre que tenía a mi siniestra.

–¿Eso es un eufemismo?

–No. Te estoy preguntando si quieres subir a tomar un café. Literalmente.

–¿Café? ¿A las once y cuarto de la noche? –replicó Carlos, en un tono que no sabría distinguir si correspondía a resignación, o simple desorientación.

–Sí. ¿Quieres o no?

–Bueno, supongo que más cutre sería invitarme a agua.

Salimos del coche y nos dirigimos a la entrada del edificio, lugar donde concienzudamente hice esperar a Carlos más de lo debido mientras hacía el paripé de

buscar el llavero en la bolsa de deporte. Una vez decidí que era suficiente, abrí la puerta, y le convidé a pasar al son de «los niños primero».

Carlos estaba sujetándome la puerta para que pasase, pero antes de entrar, decidí dedicar una última mirada al mural que tenía a mis espaldas. La *Composición en rojo, amarillo, azul y negro*, de Piet Mondrian; una interpretación un tanto tosca del *Puente de Langlois*, de Vincent Van Gogh; la *Pintura mural para Joaquim Gomis*, de Joan Miró; el famoso *Guernica*, de Pablo Picasso; el *Beso II*, de Roy Lichtenstein... y así, perdida en obras de tiempos más simples, no pude evitar ser invadida por la nostalgia de la ingenuidad. Sentimiento que se difuminó rápidamente al escuchar el sonido de la cerradura de la puerta encajando en su sitio.

Mientras volvía a sacar las llaves de la bolsa, eché un último vistazo al precioso *Paseo a orillas del mar*, de Joaquim Sorolla, donde su mujer Clotilde y su hija María aparecían retratadas disfrutando de un perezoso paseo al atardecer por la Playa del Cabanyal, en lo que podría ser el máximo exponente del luminismo valenciano. La suave brisa marina, perfectamente modelada en las ondulaciones de los ricos vestidos de ambas mujeres, junto con la exquisitez de los colores, sus blancos más blancos que blanco que tanto dominaba Sorolla, y la perfección con la que plasmó el rostro de su hija, hicieron que se me escapase un suspiro antes de dejar ir la puerta. Sabía que al mirar ese cuadro sentía sólo una fracción del amor que el autor volcó en ese cuadro, y aún así ya era más de lo que planeaba sentir nunca.

Cuando por fin llegamos a mi piso, después de un corto trayecto en ascensor, introduje la llave en la cerradura. Después de dos sonoras torsiones y de empujar un palmo la puerta, pude sentir a Carlos abalanzarse con fluidez contra la pequeña rendija que acababa de abrirse.

—¡Yo *primens!* —exclamó el parvulito que tenía Carlos por cerebro.

Cerré la puerta tan pronto crucé su umbral. Eché la llave, y la crucé para evitar hipotéticas sorpresas. El alto hombre trajeado giró la cabeza una fracción de segundo en cuanto escuchó el pestillo echarse, pero volvió darme la espalda rápidamente, probablemente con la intención y la esperanza de que no me hubiese percatado. Abandoné mi bufanda en el colgador del recibidor, y las bailarinas justo debajo de ella.

Justo a la salida del pasillo, cacé a Carlos de cara a mi sala de estar, comiéndose su sublime amueblado minimalista, tan solo perturbado por la presencia de múltiples caballetes, bastidores y otros lienzos repartidos por cualquier rincón de la estancia.

—Sé que en el fondo sólo quieres transnochar en mi casa porque no tienes ganas de volver a tu tugurio mugriento.

—Bueno, tiene su encanto —dijo tímidamente, con la cautela de alguien que sabe que no tiene razón—. La mía, digo.

Hice una señal a Carlos con el cuello para indicarle que me siguiese hasta la cocina, lugar donde puse la cafetera a traquetear, y le indiqué que tomase asiento en uno de

los taburetes altos que había alrededor de una estrecha, pero elevada mesita de café circular de hierro forjado y granito.

–Ah, o sea, que lo del café iba en serio –dijo mientras se subía al taburete con soltura.
–¡Claro! ¿De verdad quieres que me duerma durante el fornicio, pedazo de somnofílico?

Me encendí un cigarrillo, y salí a la sala de estar a sacar una botella de Baileys del mueble bar. Ya que esa noche no iba a dormir, prefería hacerlo a lo grande. Carlos me siguió, pero se perdió por el camino en uno de los atriles que estaba al lado del balcón. Volví a la cocina sin dedicarle un ápice de atención a lo que fuese que estuviese tramando mi inminente pareja de baile. Él tardó algo más en llegar.

–¿Esos cuadros del salón tuyos? –preguntó mientras se acomodaba en su asiento.
–Sí –afirmé secamente.
–Son muy bonitos. No venderán.
–Tampoco tenía pensado ponerlos a la venta.

Los dos tomamos un sorbo de nuestro café alcoholizado al unísono. Se hizo un silencio incómodo mientras tomaba otra calada de humo.

–¿Por qué no me lo dijiste?
–¿El qué?
–Que pintas. Nunca lo habías mencionado.
–Tú mismo lo has dicho. No venderán.
–Oye, a pesar de todo lo que hacemos en la galería y el Sindicato –murmuró Carlos, con una entonación mucho más seria que de costumbre, impropia a su ser–... me gusta el arte, ¿sabes? El que no se produce en masa para sacar unos cuartos rápidos, digo.
–¿Qué es el arte para ti, pues?
–Para mí el arte es una manera de expresar algo que te importa. Una ventana al alma del autor, a través de la que expone sus más desnudas ideas y sentimientos, al mundo y a sí mismo.
–¿Y qué viste en mi alma? –pregunté.
–Que existe.

Me quedé mirando las manos de Carlos durante unos instantes que se me hicieron eternos. Volví en mí cuando cogió la taza de carajíllora para terminársela de un trago.

–¿Quiénes son?
–¿Realmente importa?
–Estoy seguro de que al menos a ti sí te importan –Carlos guardó momentos de silencio en espera de una respuesta que nunca llegó–. ¿Qué es el arte para ti, si no?
–El arte es... morirme de frío.
–Llevas con el mismo chiste desde que te conocí. ¿Por qué te cuesta tanto hablar sobre lo que es el arte para ti? Es casi como si tuvieses algún tipo de trauma con ello.
–Te recuerdo que has venido aquí para follarme, no para psicoanalizarme.
–Es que... no sé cuál de las dos cosas me resulta más sexy.

Repliqué con una estruendosa carcajada que probablemente debió despertar a los vecinos. Tampoco es que tuviese pensado dejarles conciliar el sueño: si yo me jodo, ellos también.

—¡No he escuchado frase para ligar más *kitsch* en mi vida! —exclamé entre risas que difícilmente podía intentar contener.

Carlos también se reía. Se tapaba la cara de la vergüenza que tenía por soltar tamaña barrabasada, lo cual implicaba un reconocimiento tácito de que no lo había dicho de forma completamente sarcástica.

—Venga, vamos a ponernos al lío antes de que me arrepienta —dije mientras me levantaba del taburete de un salto y hacía lo posible por desprenderme de la americana.

—No, no te la quites —susurró el ñoño hombre, mientras pellizcaba con delicadeza las solapas de mi traje para volver juntarlas—. Me da más morbo así.

Carlos accedió a llevarme de vuelta a la galería a las nueve de la mañana, a pesar de que el sábado era su día libre. Acordamos no decirle nada a nadie sobre lo de la noche pasada, y también acordamos que no pasaría del mero sexo casual. Pareció entenderlo perfectamente, y de hecho, daba la impresión de que lo aceptó de buen grado, tal vez hasta de manera demasiado entusiasta.

Entre el vaivén de las olas y los cantos de orca que producía la nariz del hombre al dormir, resultó imposible pegar ojo esa noche, pero decidí que tenía que hacer algo más productivo que lamentar mi falta de sueño con las pocas horas oscuridad que quedaban, y de paso llevarme un pellizco extra ese mes.

Carlos me ayudó a llevar el lienzo envuelto en un saco al «despacho» de la galería, donde nos apresuramos en colocarlo en un atril y desempaquetarlo en los pocos minutos que nos quedaban antes de abrir.

—Es... ¿un culo?

—Es *tu* culo.

—Firmado por Charles Pompidou. Casi puedo palpar la comedia.

Pero por más que lo miraba, sabía que a ese boceto abstracto —abstracto como el *buyate* de Carlos, lo cual técnicamente convertía el cuadro en arte figurativo— le faltaba algo para estar en la galería. Le faltaba transgresión, le faltaba chispa, le faltaba un gancho que me hiciese las veces de trola grandilocuente mamporrera para los clientes. Así que le lancé el vaso de cartón lleno de café que acababa de comprar en la panadería de enfrente.

–Perfecto –murmuró Carlos–. ¿Crees que podremos venderlo con el rollo de la represión sexual?

El día transcurrió según lo planeado, con varias visitas guiadas para pardillos concertadas, hasta más o menos las cuatro de la tarde, hora en la que, en medio de uno de mis magníficos discursos completamente inventados, se me aproximó un anciano diminuto.

–Mira, guapa. Que me estoy haciendo mayor y quería dejarle algo a mis nietos, así que había venido aquí a ver si podíais guiarme un poco, y...

–Disculpe, señor –susurré con toda la paciencia del mundo y la sonrisa más falsa que podía ofrecer–. Ahora mismo estoy en una visita guiada y no puedo atenderle, pero si habla con mi compañero allí presente –dije, señalando a un distraído Carlos, que estaba inspeccionando las novedades del día por nonagésima vez–, estoy segura de que podrá ayudarle.

–Muchas gracias, maja –dijo el anciano, poco antes de marcharse rumbo a aquél hombre que ni siquiera estaba de servicio ese día.

Me disculpé ante los clientes que tenía delante por la interrupción, y continué como si nada hubiese ocurrido durante unos dos o tres minutos, hasta que en una pequeña pausa para hidratarme el gaznate, oí algo en la distancia que me heló la sangre.

–Y aquí tenemos *Perspectiva*, de Vincent Jackson. Una obra casi tan carente de valor estético como de significado, lo cual nos lleva a...

Escupí accidentalmente el agua que tenía en la boca sobre unos manchurrotos de Christine Duchamp como mecanismo de seguridad contra el atragantamiento. Me disculpé de nuevo con los clientes, con una sonrisa superlativamente falsa que logró superar con creces todos los límites teóricos establecidos anteriormente, y me dirigí con rapidez a placar al insensato, antes de que pudiese decir más estupideces. Clavé las uñas en su antebrazo como si de un trozo de carne fresca de búfalo se tratase, y lo arrastré con violencia al antro burocrático para terminar de rematar a mi presa, lejos de miradas sensibles.

–¿Pero es que se te ha ido la olla completamente? –exclamé, haciendo lo posible por contenerme para no alertar a todo el vecindario.

–¡Será que no tengo razón! ¡Mírame a los ojos y dime que ese truño vale algo!

–¡No puedes decirle eso a un cliente, y menos delante de un grupo tan numeroso como el que tenemos ahora! ¿Sabes la de pasta que podrían haberse dejado éstos? ¡Tienen hasta putos pañuelos de papel desechables de diseño!

–¡Ve tú y dile a ese hombre que se gaste los ahorros de su vida en basura! ¡Hazlo si eres tan valiente!

Abandoné la sala de un portazo, sin preocuparme mucho por si Carlos me seguía, o por si su cara se comía la puerta, y caminé a zancadas hasta el visiblemente confuso anciano, que aún seguía petrificado al lado del lienzo de Vincent Jackson.

–Disculpe, buen señor –dije con una sonrisa temblorosa de oreja a oreja, inestable a causa de las irrefrenables ganas de asesinar a Carlos–. Después de mucho debatir con mi compañero sobre sus objetivamente incorrectas opiniones, hemos llegado a la conclusión de que hoy no debe haberse tomado las pastillas, así que seré su guía particular en lo poco que le queda de visita.

Me planté frente al cuadro, como solía hacer con todas mis visitas guiadas, y le dediqué un vistazo a la pintura para asegurarme de que la verborrea que estaba a punto de soltar era apropiada a la obra.

–*Perspectiva*, de Vincent Jackson, es...

Recorrí el arrugado rostro del octogenario que tenía delante con la mirada. Tenía los ojos clavados en el imponente rectángulo de tela al que encaraba, su cara completamente congelada, y era imposible discernir en ella ningún tipo de emoción en concreto. Por otra parte, la única mano libre que tenía el hombre, la que no estaba sujetando el bastón, le temblaba como un flan posado en lo alto de un martillo neumático, tal vez debido al mismo tipo de miedo que experimenta un estudiante cuando se presenta a un examen que no ha preparado en absoluto, tal vez debido al Párkinson.

Era complicado saber lo que estaba pensando el señor en esos instantes, pero deduje que no lo entendía. No entendía nada. No entendía qué significaban las formas del cuadro. No entendía lo que le acababa de decir Carlos. No entendía por qué todo en la galería tenía etiquetas de precio con números más grandes que los que él podía permitirse. No entendería cualquier cosa que pudiese decirle sobre lo que tenía allí delante.

–*Perspectiva*, de Vincent Jackson, es un ojo. Es un puto intento de ojo de mierda, dibujado con el exquisito desdén de veinte vietnamitas mal pagados, que dibujan óvalos y círculos en masa en un taller de mala muerte, bajo las atentas y contradictorias instrucciones de un listillo con las ideas poco claras.

Entonces entendí por qué Carlos hizo lo que hizo. Alguna gente no se merecía que les colocásemos hilos sobre la cabeza para interpretar el vals de la fábrica del arte por enésima vez. Y además, soltar todo ese veneno por la boca resultaba casi terapéutico.

–Si quiere dejarle algo a sus nietos, meta el dinero que le queda en un fondo de inversiones, y escríbales un libro, pínteles un autorretrato, o simplemente pase tiempo con ellos, da lo mismo.

Carlos salió de la habitación a pasos agigantados, con algo empaquetado con prisas en una tela de algodón de color beige bajo el brazo. Entregó el presente al hombre con una única mano, momento en el cual se deslizó un poco el envoltorio, y pude ver que se trataba de *La mañana del día después*, de Charles Pompidou.

–Tome ésto y no vuelva a especular con arte nunca más –dijo Carlos, más estoico que nunca.

Solucionado el problema, volví a disculparme ante el grupo de pijos que había estado haciendo esperar, ya sin ningún tipo de intención de que cayesen en la trampa después del espectáculo que habíamos montado.

–Disculpe –dijo una señora rubia con kilos de maquillaje en la cara que llevaba sujetando cerca del pecho su bolso de diseño con recelo desde que entró en la galería, a la vez que levantaba el brazo–. ¿Las manchas de agua del cuadro de Christine Duchamp no reducirán su valor?

–No se preocupe –respondí, ofreciendo la mejor versión de mi sonrisa patentada– . Es acrílica y secará pronto.

Una vez dado el día por concluído, Carlos me ayudó a cerrar la galería a cal y canto, y dejarla preparada para el lunes. Se ofreció a bajar las persianas metálicas –las cuales no estaban blindadas a pesar de haberlo considerado en su momento, porque después de mucho meditarlo, nos dimos cuenta de que los ladrones, estando en familia, probablemente supiesen tanto de los cuadros como nosotros–, lo cual interpreté al principio como un burdo intento de galantería, pero más tarde se reveló como otra estúpida estratagema para fanfarronear de su estatura.

Cuadrada la caja del día, y con sólo los plomos por echar para descansar por fin, se hizo un silencio incómodo en la galería que duró siglos. Teníamos un tema pendiente, y los dos lo sabíamos.

–Lo de esta tarde... –susurré a Carlos.

–Ya...

–¿Qué es exactamente lo que se te pasó por la cabeza?

–Tú antes no eras así, ¿no?

–No, claro que no. Antes tenía ilusiones. Antes creía que las artes plásticas eran mi vocación, que pintar todo el día iba a ser un sueño hecho realidad.

–¿Y ahora?

–Ahora sólo soy una cínica más.

–¿No preferirías estar haciendo lo que te gusta?

–No, ya no. Siete años y un papelito más tarde me quitaron las ganas de cualquier otra cosa que no fuese meter el dedo en la llaga.

–¿No sería bonito vivir para ver otro Renacimiento?

–¿Te crees que no fantaseo todo el día con eso? –respondí, de una manera un poco más agresiva de la que me hubiese gustado–. ¿Crees que no me gustaría poder ganarme la vida pintando lo que quisiese, sin conformarme al mismo molde «vanguardista» que exige el círculo vicioso de los Sindicatos?

Carlos guardó silencio. Intentó mirarme directamente a los ojos, sólo para bajar la mirada segundos más tarde. Estaba claro que ya sabía las respuestas que iba a darle, probablemente porque no sería el primer caso como el mío que había visto en sus años en el Sindicato.

–Asustando a clientes sólo conseguirás morirte de hambre, Don Quijote –le recriminé, con todo lo poco que pude hacer por acercarme a su cara–. No le des más vueltas, sólo juega con el sistema un poco más, y espera que por el bien de la humanidad ésto sea sólo una moda pasajera de mal gusto, una pesadilla colectiva, que tal y como vino, se vaya en las próximas décadas.

–Quiero tirar de la manta.

Me quedé mirándolo, incrédula, durante casi un minuto entero. El caleidoscopio de expresiones por los que giró mi rostro fue extenso, pero después de mucho tratar de cazar una forma que me gustase, finalmente opté por la vieja sonrisa con aires de superioridad que tantas veces me había ayudado a burlarme de él.

–Claro, y cuando le digas a la gente que los *Illuminati* del arte llevan controlando la percepción cultural de las masas mediante mafias y lavados de cerebro durante décadas, te van a creer, y no pensarán que eres un tipo que ha logrado zafarse de la camisa de fuerza y resultó que sabía escalar muros muy bien.

–Los documentos de la CIA donde narran en perfecto detalle sobre cómo utilizaron el expresionismo abstracto como arma cultural contra la URSS durante la Guerra Fría llevan desclasificados años. No es tan descabellado.

–Sí, llevan años desclasificados, y siguen sonando a teoría conspiranoica que se ha montado en su cabeza alguien con demasiada imaginación y tiempo libre para colgarla en un foro de Internet lleno de locos como él. No vas a convencer a nadie.

–Tengo años de correos del Sindicato con Francisco Laborda y María de la Serna llamando basura a su propia obra. Tengo fotocopias de los contratos a las casas de negros que utilizaron Manfred Dickinson, Adam Kampmann y Katie Rosenzweig para producir lo que fueron algunas de sus obras más prestigiosas. Tengo pilas y pilas de hojas de cálculo donde se lleva la contabilidad negra de algunas de las mordidas que se llevan los funcionarios del gobierno cuando adjudican los contratos multimillonarios a dedo. Está todo ahí. Es imposible no rendirse ante la evidencia.

–Oh... así que ibas en serio.

–Voy muy en serio, Taiga.

–Estás como una cabra. No acabo de verlo.

Salimos por fin de la galería a las doce y cuarto de la noche, con la sensación de que habíamos llegado a una conclusión importante esa noche. A pesar de las discrepancias, y de que opinaba que era un plan quijotesco que acabaría en tragedia, en el trayecto en coche no pude evitar pensar en qué ocurriría si Carlos tenía razón. Se me puso la carne de gallina.

–Esta noche nada de café. Quiero dormir.

Al día siguiente, y nada más despertarnos allá sobre las dos de la tarde, nos dirigimos a las cuatro esquinas que tenía Carlos por casa a recoger todas las pruebas que había estado acumulando durante todos este tiempo. Por la manera en la que los tenía

organizados, parecía que llevaba planeando esta locura desde el principio de su carrera, lo cual hacía que me preguntase por qué no intentó hacerlo antes.

Rebuscamos en varias cajas que tenía escondidas debajo de su deshecha cama, y encontramos material incriminatorio para parar un tren: fotocopia tras fotocopia de contratos ilegales adjudicados mediante prevaricación, discos duros con volcados de correos que abarcaban un periodo de casi cinco años, documentos que probaban algunas de las actuaciones más sonadas del Sindicato para inflar el precio de algunas obras y artistas, cartas que probaban la existencia de especulación con información privilegiada, y otros tantos papeles que no dejaban a nadie del Sindicato con cabeza. Ni siquiera a nosotros.

Tenía un profesor en la universidad, que hoy en día dirigía la sección de arte de *La Vanguardia*, y probablemente fuese uno de los pocos que no tenía el cerebro sorbido del todo por las súcubos del postmodernismo. Decidimos que si había alguien que podía ayudarnos a lanzar la bomba era alguien con alcance mediático y contrario a las ideas del Sindicato, así que rescaté su teléfono de una copia de seguridad antigua de los datos de mi móvil, y concertamos una cita urgente con él ese mismo día, en mi casa.

Empaquetamos todo como pudimos en el coche de Carlos, que quedó lleno de papeles hasta el punto de que tuve que llevar algunas cajas en mi regazo si queríamos que cupiese todo, y marchamos rumbo a mi casa para poder llegar a tiempo, no sin antes dedicarle una última mirada al lamentable estado en el que se encontraba la vivienda de Carlos, y agradecerme a mí misma que hubiese tenido el juicio de habérmelo cepillado en mi cama, y no en la suya.

Sólo tuvimos que esperar treinta minutos hasta que sonase el timbre de la puerta, pero me dio tiempo a contar cuatro mil ciento setenta y dos pulsaciones de mi corazón. Allí en la puerta se encontraba ese anciano hombre del que mejores recuerdos guardaba de toda mi carrera universitaria. Puede que en sus clases fuese en las únicas en las que no se me exigía agitar un pincel cargado de pintura de manera aleatoria a dos centímetros del lienzo.

—¡Taiga! ¡Cuánto tiempo! —exclamó el campechano hombre, a la vez que se acercaba a mi rostro para darme dos besos en las mejillas.

—¡Señor Martínez! Cuánto tiempo sin verle. He echado mucho de menos sus clases.

—Lo mismo digo de tus cuadros —dijo Martínez, para acto seguido encararse a Carlos, a mi diestra presente, y susurrarle por lo alto—. Es una genio, ¿sabe?

—Bueno, estoy seguro de que no es para tanto —respondió el capullo de Carlos—. Siento tener que interrumpir un reencuentro tan emotivo, pero debemos ir al grano si queremos terminar para hoy. ¿Nos sentamos?

Pusimos sobre la mesa una de las muchas cajas que habíamos traído, ésta etiquetada en la casi ininteligible caligrafía de Carlos como «adjudicaciones».

–Estoy seguro de que habiendo sido profesor de una de las universidades de bellas artes más corrupta de toda Cataluña, y siendo director de la sección de arte de un prestigioso periódico, debe estar al tanto de una... digámosle «élite cultural», que mueve los hilos del arte y todos sus tejemanejes desde las sombras.

–Sí, bueno –respondió Martínez–. Algo sospeché cuando vi a varios de mis compañeros de academia reunirse encapuchados por las noches alrededor de un pentagrama –continuó, entre risas.

–¿Sabe usted de lo que estoy hablando?

–Algo había oído, pero la verdad es que el secretismo alrededor de ello hace que la aproximación sea difícil. Es lo que me comentasteis por teléfono, ¿no?

–Sí, pero por obvios motivos no hemos podido contarle todo antes de venir. El temario es muy extenso, y tenemos poco tiempo. Por eso le hemos pedido que viniese hoy aquí.

Carlos sacó varios tacos de papeles grapados, y los fue clasificando sobre la mesa, mientras yo me limitaba a observar los movimientos de los dos hombres por el momento.

–Nosotros lo conocemos como el Sindicato. Usted probablemente lo conozca como el hampa o la mafia.

–Ah, así que se llama así –contestó el viejo hombre.

–La red de corrupción es tan amplia que salpica tanto al sector político como al académico, como a los propios artistas. Todo está optimizado para obtener el máximo beneficio posible, y que nadie se salga de la raya.

–¿Quiere decir que mis antiguos compañeros de trabajo eran cómplices?

Carlos buscó un par de tacos de papel de la caja, y los lanzó sobre la mesa. Pude reconocer el nombre de un profesor impreso en el pie de página de la primera hoja. Martínez cogió uno de los dosieres, y se lo acercó a la cara para inspeccionarlo más de cerca con sus gafas de leer.

–Ésto son acusaciones muy graves –dijo Martínez, abandonando su habitual tono desenfadado–. ¿Tienen más pruebas que lo corroboren?

–Todas las que quiera. Esas cajas del salón están llenas de ello –respondió Carlos.

–Si todo ésto es verdad, estaríamos ante el escándalo más grande desde lo del *Watergate*. No creo que la gente se tome muy bien todo ésto del... ¿Sindicato? Los *Illuminati* del arte, vaya.

Decidí romper mi silencio.

–Señor Martínez, ¿qué es para usted el arte?

–Querida, el arte es morirte de frío –dijo Martínez, entre risitas burlonas.

–Veo que usted también tiene hipotermia. ¿Cuándo perdió su chispa, señor Martínez? –repliqué.

–¿Disculpa?

–No actúe como si no lo supiese. Sabe perfectamente de lo que estoy hablando.

–No, perdona, no te sigo... –respondió Martínez, con su evidente incomodidad filtrándose en cada sílaba.

–Taiga, ¿qué haces? –dijo Carlos.

–Sólo en el Sindicato me conocen como Taiga, la Siberiana.

–Me cago en dios... –murmuró Carlos entre dientes.

–Lo cual significa que usted ni se acordaba de mí. –El hombre parecía estar al borde de un infarto–. Así pues, ¿quién le pasó mi ficha? ¿Alguien del periódico? La verdad es que he de admirar la diligencia con la que los archivistas del Sindicato han buscado mi información. Un funcionario se hubiese tirado semanas.

Carlos se levantó de la silla de un brinco, y comenzó a pasearse por la sala sin rumbo aparente. Se echaba las manos a la cabeza mientras rebufaba y murmuraba improperios al aire.

–Señorita, yo...

–No hay excusas que valgan.

–Lo siento mucho... –susurró Martínez, con un lejano atisbo de verdadera culpa en su voz.

–Usted fue el barquero que salvó la última parte que quedaba de mi alma de aquél cementerio de sueños. Usted tenía pasión de verdad, como ningún otro. ¿Qué le ha llevado a convertirse en el villano?

Dejé que mis palabras se clavasen como cuchillos acompañados por la gravedad en los ojos de aquél patético señor. El hombre sólo guardó silencio.

–Y ahora vienen para aquí, ¿verdad? –inquirí.

–Sí.

–¿Cuánto tiempo tenemos?

–Minutos.

Nos marchamos con lo puesto, con apenas unos momentos para reunir algo del dinero negro que aún había en mi casa, y nos montamos en el coche de Carlos, rumbo a ningún lugar. Los ojos del Sindicato eran muchos, y difícilmente hubiésemos estado seguros en ningún lugar del país. Por suerte para nosotros, no todos los Sindicatos eran igual de amigos, y dejamos nuestra suerte echada en que la falta de comunicación entre los minúsculos Sindicatos de Borgoña, en Francia, y los Sindicatos de Cataluña, fuese suficiente para mantenernos alejados de los sicarios del hampa durante mucho tiempo.

Después de saltar de motel en motel, noche tras noche, con la esperanza de dar esquinazo a cualquier hipotético espía que hubiese podido seguirnos, decidimos asentarnos en Montbard, una minúscula e idílica población francesa, en la que por fin pudimos descansar, después de semanas de nomadismo.

El apartamento que habíamos alquilado formaba de una pequeña edificación, de no más de tres plantas, con una horrorosa fachada de color azul eléctrico y un estampado de burdos calcos de manos de distintos tamaños alrededor de cada ventana. Al parecer, según nos comentó la casera, la fiebre del arte también llegó a Montbard hacía unos años, con lo que muchos vecinos decidieron redecorar sus fachadas de las formas más

variopintas en un torpe intento de imitar las decoraciones de vanguardia que se solían hacer en todas las grandes ciudades de Europa, como una peculiar forma de reclamo turístico para tratar de revitalizar el pueblo. Evidentemente, y a juzgar por la economía menguante del lugar, no resultó efecto.

De acuerdo con lo que nos contó la casera, los vecinos del bloque habían decidido pintar la fachada de azul, porque era el color que más les gustaba de la esmirriada *pantone* que recibieron del ayuntamiento, y más tarde decidieron unirse al movimiento que habían iniciado sus vecinos, con una decoración a base de las huellas de las manos de todos los miembros de la familia que habitaban en cada una de las viviendas. La mujer nos enseñaba con ilusión, ajena completamente al concepto de *kitsch*, las huellas que cubrían sus ventanas, indicándonos a quién pertenecía cada una de ellas.

Al parecer, tuvimos suerte, y llegamos justo a tiempo para disfrutar de un pequeño festival independiente de artes plásticas que celebraban en el pueblo desde hacía dos años. La calidad general de las obras allí expuestas era la de esperar, con una desgraciada sobrerrepresentación del «arte de caja de chocolate», y sin embargo, me resultaron mucho más bellas que todas las pinturas de las que había podido disfrutar en la gran ciudad.

Paseando por los tenderetes de la exposición, nos cruzamos con un cuadro abstracto de colores azulados verdosos y trazos de espátula horizontales, gruesos y cuadrados, que tanto a Carlos como a mí, nos evocó una taiga siberiana.

—Así que Taiga no es tu verdadero nombre.

—Obvio, idiota.

—¿Cuál es tu verdadero nombre, pues? Si puede saberse.

—¿Realmente importa?

—No, supongo que no. Taiga es bastante bonito. —Carlos empezó a poner rumbo hacia el siguiente quiosco, pero le agarré del brazo.

—Luna. Me llamo Luna.

—Ah, es un nombre muy bonito. Entiendo por qué te lo cambiaste.

—Vete a la mierda —susurré, al mismo tiempo que retomaba el paso para visitar el siguiente puesto.

—Eh, ya que estamos. ¿Hay algo más con lo que quieras sincerarte hoy? ¿Algo que quieras decirme?

—Sí. Tampoco soy siberiana.

—Lo sabía.

A pesar de los riesgos que ello acarrearía, Carlos decidió seguir ganándose la vida de la única manera que él conocía, aunque ésta vez, más oveja y menos tiburón. Por mi parte, decidí intentar cambiar de vida, e intentar, y sólo intentar, ganarme el pan haciendo lo que más me gustaba. Aquel día compramos en la feria unos cuantos cuadros con potencial, que podrían revenderse en ferias más prestigiosas por un pellizco extra, y compré para mí unos cuantos botes de pintura acrílica y diversos utensilios artísticos para empezar mi nueva carrera.

A la hora de la cena, hablamos un poco sobre lo que pensábamos hacer en los próximos días. Carlos había encontrado por Internet una casa de subastas de arte en Dijon, una ciudad cercana y capital de Borgoña, donde tenía planeado llevar los cinco cuadros que habíamos comprado allí, y con un poco de suerte y labia, conseguir un beneficio del cincuenta por ciento.

–¿Qué te parece si estreno los pinceles con una pintura de tu culo?

–Mi culo es muy bonito. No venderá.

–Tampoco tenía pensado ponerlo a la venta.

Esa misma noche, justo después de cenar, y observando el cielo nocturno desde la ventana del comedor, decidí estrenar mis pinturas. Cogí el pote de pintura roja, y embadurné mi mano con él. Miré la brillante pintura acrílica que ahora cubría por completo mis dedos, que reflejaba la luz de la luna como un mar al atardecer, y me di cuenta de lo estúpida que debía parecer haciendo eso. Saqué mi mano por la ventana, y la presioné junto al resto de huellas que yacían alrededor del marco.

Mi nombre es Luna, y hoy recupero mi brillo.